

REVISTA DEL NOTARIADO

(En memoria de Antonino E. Cambacérés)

Trabajo denodado es la Revista.
Atender los autores, preguntarles,
hacer consultas, examinar textos.
Corregir el bruto material
para la imprenta,
desbrozando del carbón
la fina piedra
que será socavón de claras letras;
con producto final,
recuesto de palabras,
precisas, puras, aferradas al texto
¡Idioma notarial e hiedra!

El árido terreno
en depurado vegetal
se ha transformado.
Las simientes arraigan
y al fin de la estación
las hojas echan vuelo.

Mas para llegar a ello
hay que desandar
mucho camino farragoso,
que enredado

en la fibra del papel
y aunque sinuoso,
ilustrará a notarios
estudiosos.

La tarea es ardua
y la fatiga aumenta sin respiro.
Consultar textos, revisar errores
y todos los signos
que conforman el idioma:
puntos y comas, apartes y finales,
sintaxis, ortografía y eufonías,
obra de una pujada creación
parida tras una gestación
cada noventa días.

Todo es fruto de un gran
conjunto sin fisuras,
emulando a artistas
indagando en sus vetas,
guiados por maestros interiores
con partituras vacías
y dotes de orfebres o poetas.

Y así van conformando
todo lo necesario
puesto que al fin y al cabo,
por prolijos,
tal como se comportan
los padres naturales
verán cristalizado su trabajo
en un libro con mirada de hijo.

El ritmo continúa
en las jornadas siguientes,
y una y otra vez,
llamadas a la imprenta,
nuevas correcciones,
Juan Cruz en el teléfono,
háganme camino,
llaman desde el Consejo,
ajustar los presupuestos,
¡corre Antonino!

Todo es pura dinámica creadora

dejando atrás la mora de otros tiempos,
y así, con los instrumentos afinados
continúan procreando diariamente
sin recurso de guiones ni de ensayos.

Y por fin llegan al resultado:

¡La Revista!

Si es que en verdad existe
es porque entre todos
se ayuda a fabricarla
con un faro de sueños
y esperanzas,
sin cansancio y sin pausas,
como en toda obra de prodigio
que imaginan
los hombres hacedores
al pergeñar la concepción
de un hijo.

Inmemorialmente,
siempre concebirán otros
diariamente pensados,
aunque en sus cuartos
al final del día,
con mendrugos de fuerzas
se caigan extenuados.

¿Nos preguntan los nombres de
quienes la conciben?

Para no caer en faltas
o en olvidos,
permitámonos hacer uso
de las licencias que ofrece
la inspiración en poesía.

Al fin:

Son ilustres hojas de papel
Con calidez humana,
Que leen y estudian los notarios
En sus escritorios, en las salas,
Por la noche o de día.
O en sus camas vacías.

(mientras,
al igual que todos los que la dan a luz,
en cualquier lugar Ella los nutre,
como también,
suele hacerles de grata compañía).

Jorge Hugo Lasca